



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 197 – 13 de diciembre de 2016

En este número

1. Recuperar la ilusión, *Emilio Álvarez Frías*
2. La Constitución de nuevo a debate, *Manuel Parra Celaya*
3. ¿Qué conciencia descarga Laín Entralgo?, *José M^a García de Tuñón Aza*
4. Una derecha ausente, *Fernando García de Cortázar*
5. El gran macho blanco, *Jesús Laínz*
6. El demócrata implacable, *J. R. V.*
7. La derecha española en el siglo XX, *Octavio Ruiz Manjón*
8. La clave de la educación no está en política ni leyes sino tomar las cosas serias en serio, *Ignacio Camacho*

Recuperar la ilusión

Emilio Álvarez Frías

Ahí estamos todos. Con unas ganas enormes de recuperar la ilusión de una España grande y libre, sin sabandijas que la deterioren, sin que en ella domine la vulgaridad, con deseos de que cada amanecer sea una alegría no una preocupación, un disgusto, un motivo de inquietud.

Mas los que en estos días levantan tal bandera son una de las múltiples partes en las que se fracciona Podemos, el partido que menos ofertas proporciona a los españoles para su lanzamiento en pos de una mejora sustancial acorde con los tiempos. Grupo, como vemos a diario, que carece de ideas propias, pues las que maneja son ajenas, añejas y con características disolventes en lugar de unificadoras. Bandera enarbolada por personajes marginales cuyos actos no son precisamente los más apetecibles ni útiles para montar sobre ellos un buen bastidor en el que ir presentando los mejores valores que han de orlar a los líderes y acompañantes en el camino del auténtico progreso de la cultura, la educación, la justicia, la sanidad, la vida en suma. En el congreso que celebrará en el mes de febrero de 2017 aparentemente lo más importante que se planteará es quién manda y cómo. Es decir, la clásica batalla del poder que presentan los que carecen de algo bueno e importante que ofrecer y limitan sus acciones al poder y dominio de la sociedad.

Más adelante será el PP el que celebrará su congreso al objeto de ofrecer importantes planteamientos, según dicen. Pero para ello se tendrán que vestir con los ropajes de los Reyes Católicos, por poner un ejemplo, y armarse con la coraza y el yelmo del Cid, por poner otro ejemplo, con el fin de decidir qué es lo que de verdad requiere España para su modernización y puesta al día, escuchando a los hombres de letras, de leyes, de espiritualidad que estudien lo mejor y con la más actual cubierta y más tradicionales fundamentos, para, con el valor de Rodrigo Díaz de Vivar, ir conquistando una a una todas las propuestas planteadas con valor y decisión.

No son tiempos de cobardes ni de mezquinos, de timoratos o acoquinados. Si en la justa hay que enfrentarse con el enemigo aunque solo sea por el pañuelo de la dama, hay que hacerlo con

gallardía, manteniendo bien alta la cabeza y dispuesto a morir en el intento. El honor está en juego y es algo que no se puede perder.



Como vasallos fieles de nuestra amada España, a la que repetidamente venimos diciendo desde tiempo atrás que amamos porque no nos gusta, salimos a la calle a pregonar nuestra voluntad de servir, sin algaradas, pero con voluntad plena de entrega. Parafraseando el verso del *Cantar del mío Cid*, digamos que nos encontramos en la condición del buen vasallo que espera al buen señor.

Mientras, para calmar la sed del camino, hoy tomamos un sencillo botijo de alfarería negra asturiana.

La Constitución, de nuevo a debate

Manuel Parra Celaya

Finalizados los fastos del aniversario de la Constitución del 78, se ha podido comprobar cómo, de nuevo, el debate sobre su reforma ha estado a la orden del día. ¿Alguna vez no lo ha estado? Nacida de unas Cortes que no eran constituyentes, esta fue su primera complicación, que, por su naturaleza exclusivamente legalista, pasó desapercibida o se depositó cuidadosamente en los anaqueles del silencio, tanto por razones de urgencia histórica como por las de continuar aquel curioso proceso *de la ley a ley* que había inaugurado la Ley de Reforma Política; tuvo, si lo recuerdan, a Adolfo Suárez como capitán y, de hecho, fue la puntilla a las *Leyes Fundamentales* o Constitución abierta del Régimen anterior.

Su aprobación en referéndum nacional hizo también olvidar las polémicas que acompañaron a su redacción, como el relativo a la inclusión del curioso neologismo *nacionalidades*, que fue incluido para suscitar la adhesión de quienes después les importaría una higa cualquier Carta Magna española y, de hecho, la propia España, de la que se consideran ajenos, entonces algo a hurtadillas y ahora en voz en cuello; de nada sirvieron las voces sensatas que advirtieron de aquel dislate lingüístico y político, como la de Julián Marías en unos antológicos artículos de opinión que guardo como oro en paño.

Desde entonces, no han cesado los pareceres acerca de la necesidad de su reforma, especialmente desde la izquierda y, en concreto, desde el PSOE, que, no obstante, su apuesta



federalista, sigue oscilando entre la *asimetría* –cercana al confederalismo– y la *simetría* igualitaria entre los territorios y los ciudadanos. Qué les voy a decir: a cada requisitoria en este sentido, me viene al recuerdo lo estudiado acerca de lo que aconteció cuando la I República se suicidó entre vivas a Cartagena, declaraciones de guerra al Imperio Alemán y salida apresurada por las ventanas de los señores diputados ante la mirada asombrada de Pavía. Claro que también

me lo recuerdan cada día los excesos de este Estado de las Autonomías, de cuya rentabilidad económica, política y aun humana mantengo dudas más que razonables.

Hace pocos días leí que, en el curso de un foro denominado *Pensar (en) España*, había tenido lugar una interesante mesa redonda entre políticos veteranos; nada menos que Martín Villa, Pérez Rubalcaba, García Margallo y Miguel Roca, cruzaron amigablemente sus espadas acerca de la reforma de la Constitución vigente, ya que cuenta treinta y ocho años de vida, más o menos afortunada, lo que para nuestra España es todo un récord, ya que de sus numerosísimas hermanas precedentes solo la de 1876 superó esta marca pero sin tanta fortuna; también intervinieron en la controversia eminentes constitucionalistas, cada cual, lógicamente, con su legítima opinión. De todas formas, tengo para mí que corren por ahí borradores particulares de reforma (he tenido uno en concreto en mis manos).

Debe de haber, en realidad, tantos criterios como ciudadanos pensantes, aunque, en el subconsciente de la mayoría de ellos, sigue vigente aquello que Ángel Ganivet señaló como ideal jurídico de todos los españoles y que se compone de un solo artículo: *Este español está autorizado para hacer lo que le dé la gana*; en la práctica. Este derecho lo ejercen a diario los secesionistas de estos pagos catalanes, demostrando así su, mal que les pese, raíz hispánica a machamartillo; también hay que recordar que la aplicación de este breve desiderátum constitucional les es muy cómodo, entre la impunidad de la que la disfrutan y las complicidades con las que cuentan.

Como ciudadano, soy consciente de que una Constitución –sea cual sea– debe ser acatada mientras esté en vigor y no suponga un peligro grave para la entidad nacional a la que da estructura jurídica y política; y ello independientemente de los juicios de valor acerca de puntos concretos de su articulado e incluso de la impronta ideológica que la inspira (hay quien afirma que la actual, más que responder al magín de los *padres de la patria*, proviene de aquello que se llamó, despectivamente, *el contubernio de Múnich*). Y, como además de ciudadano del montón, me considero español pensante, no puedo menos de tener en mi imaginario mi propio borrador de aspectos que deberían modificarse; solo adelanto un primer aspecto destinado al preámbulo, y que sería la mención de Dios, el de todos los creyentes y cuyo Nombre se omitió en su momento; otros puntos, que no detallo, le seguirían en lo tocante al modelo territorial, al perfeccionamiento de la participación y representación, a los deberes y derechos de los ciudadanos..., hasta llegar, por último, a la abrogación de la disposición transitoria cuarta, permanente espada de Damocles para Navarra.

De todas formas, de momento, exigiría de la Constitución del 78 lo mismo que el profesor Tierno Galván pedía de las Leyes Fundamentales del franquismo: que se cumpliera en su extensión y profundidad. Por poner algunos ejemplos, el artículo 15 (derecho a la vida); el 39 (protección de la familia); el 40 (distribución más equitativa de la renta nacional y pleno empleo); el 117 (independencia del Poder judicial); el 129 (acceso de los trabajadores a la propiedad de los medios de producción); el 149 (competencias exclusivas del Estado) y, por supuesto, el 155, cuyo contenido parecen desconocer algunos.

¿Qué conciencia descarga Lain Entralgo?

José M^a García de Tuñón Aza

Trampas de la memoria, más bien, lo que quiso escribir este médico. Es decir, un ajuste de cuentas consigo mismo, pero lleno de trampas. Dice que se apuntó a Falange y que fue falangista desde «uno de los últimos días de agosto de 1936. Y a fuer de sincero debo hacerlo ahora una confesión: un folleto que contenía tres discursos de José Antonio Primo de Rivera, que leí y releí poco más tarde, me hicieron sentirme real y cordialmente falangista. José Antonio ofrecía en su programa solución satisfactoria para cinco grandes problemas de la vida española:

el religioso, el económico, el ideológico, el cultural y el regional. Me incorporé, pues, al cuartel de las milicias de Falange». Más tarde entraría en contacto con el sacerdote Fermín Yzurdiaga director del periódico *Arriba España*, quien le pidió se adscribiese a su redacción, y así lo hizo. Una nueva etapa de su vida, como falangista, se iniciaba. Escribió todo lo que pudo: artículos anónimos, folletos, artículos firmados, etc.

Como médico, y aprovechando su estancia en Pamplona fue adscrito al Manicomio de aquella ciudad. También tuvo la oportunidad de viajar por distintas ciudades de la España nacional e iniciar amistades con personas como Luis Felipe Vivanco, Luis Rosales, Antonio Tovar, Eugenio d'Ors y Dionisio Ridruejo. Junto a este último entre a formar parte, en Burgos, en el Servicio

Nacional de Propaganda, siendo a su cargo la Sección de Ediciones de ese Servicio.

Laín nos dejó escrito *Los valores morales del Nacional Sindicalismo*, año 1941. Fue el germen de una conferencia de su autor en el Primer Congreso Nacional de los Sindicatos de Falange. Para él el Nacional Sindicalismo, era muchas cosas, pero ante todo era norma. Lo había dicho José Antonio: «Hay que devolver al pueblo los sabores antiguos de la norma y el pan». Y también añade el catedrático: «Ahora ya no debe extrañarnos que las primeras palabras de José Antonio en el mitin de la Comedia fuesen negativas. Este profundo valor sintomático tenían sus conocidas palabras: *Cuando en marzo de 1762, un hombre nefasto, llamado Juan Jacobo Rousseau...* Ni que Ramiro Ledesma, unos años antes, cuando empezó a lanzar la semilla del Movimiento en *La*

Conquista del Estado...».

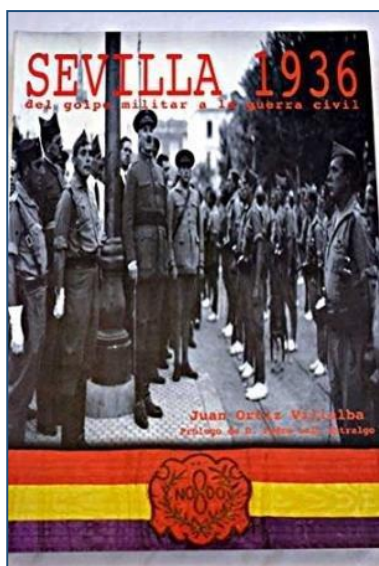
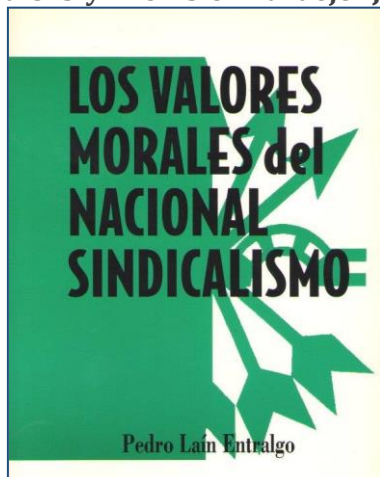
En 1948 publica *Vestigios* y a José Antonio le dedica un capítulo. Comienza escribiendo un subtítulo *La doctrina*, para a continuación decir: «Voy a darte lector, seas amigo o enemigo, la imagen verdadera de un hombre que habló para ti. No fue un poeta ni un filósofo, sino un político español o, mejor aún, un español político». Para este médico, historiador, ensayista y filósofo, José Antonio no fue un nostálgico del tiempo pasado, ni tampoco quiso empezar su vida en la pura defensa reaccionaria del orden antiguo. José Antonio, para Laín, advierte con lucidez

las lacras del mundo que declina, pero reconoce con noble valentía lo que hay de valioso en las masas invasoras, «en el comunismo hay algo que puede ser recogido; su abnegación, su sentido de solidaridad», estas últimas en palabras de José Antonio. Y termina con unas palabras que ya había escrito en 1940: «Sólo así se podrá decir de él, lo que con marmórea seguridad se dice de Josef at en la roca de la fe y la razón que para siempre le custodia: *Lucis ablati legem propagavit*: propagó la ley a los privados de luz».

Años después, este médico que fue hombre de letras, autor de libros de ensayo, de obras de historia, que ingresó en la Real Academia de la Historia y que llegó a ser rector de la Universidad de Madrid, un buen día, muerto Franco, publica *Descargo de conciencia (1930-1960)*, libro engañoso para tener una idea aproximada de lo que había sido años antes. Dice su autor que cuando se produce un cambio importante en las ideas y las creencias propias, están moralmente obligados a declarar las razones de su cambio. Pero claro, lo que nunca sabremos son esas

razones por mucho que trate de explicarlas ahora.

Cuenta en ese libro, que estando en Pamplona se entera que su suegro había muerto «paseado» en Sevilla. «Terrible moralmente, porque ese asesinato de mi suegro iba a ponerme de nuevo, y del modo más arduo y apremiante, ante el problema de mí ya efectiva y activa adhesión a la



causa en que militaba». Del «paseo» de su suegro volvió a ocuparse en el prólogo que escribió en el libro de Juan Ortiz Villalba *Sevilla 1936*, editado en 1998. «Y bien entrado agosto, sin proceso judicial alguno, junto con otros fue sacado de la prisión y alevosamente asesinado –decir ejecutado sería dar cierta apariencia legal a su muerte– en las proximidades de la carretera a Dos Hermanas. Para mi mujer, hija suya, la imaginación de este hecho fue, hasta el final de sus días, aflictiva herida permanente...».

Es decir, Laín Entralgo, a pesar del asesinato cometido en la persona de su suegro, por fuerzas a las que él estaba sirviendo, no tuvo inconveniente ninguno en escribir cosas como las que aparecen en este corto artículo. Su descargo de conciencia vino más tarde. Por eso quiero terminar como comencé: son trampas de la memoria, de su memoria.

Una derecha ausente

Fernando García de Cortázar

Catedrático de Historia Contemporánea (Universidad de Deusto) (ABC)

La derecha española tiene que salir al paso de su identificación absurda con lo que de ella dicen quienes mantienen otras opciones ideológicas y otros proyectos políticos. Es triste verla aceptar su imagen en el reflejo desfigurado que dibuja la épica antisistema, el vocerío secesionista o la algarada rencorosa de un partido con tal envergadura de desorientación como la que tiene el PSOE. A la derecha española le puede siempre un cierto pudor, una devastadora confusión entre la moderación y la indigencia. Temerosa de encabezar opciones que dividan a los españoles, ha acabado por prescindir del sentido mismo de la pluralidad, que siempre exige perfiles robustos, identidades claras, además de la perceptible tolerancia hacia quien piensa de un modo distinto.

Acechada por su desprecio del radicalismo, la derecha ha acabado por exhibir un aire de neutralidad ideológica, como si tener una concepción del mundo arraigada en lo más hondo de nuestra civilización fuese ahora una limitación para el diálogo. Sus adversarios han advertido



muy pronto esa avería en el fuselaje de su cultura política. Han conseguido proyectar sobre la opinión pública la sensación de que la derecha está solo de visita en el espacio de las ideas, que solo recurre a ellas cuando la necesidad apremia, para enarbolar entonces un apresurado repertorio de lugares comunes que, en realidad, ni siquiera pertenecen al pensamiento liberal o conservador. Cuando la derecha sale en defensa de nuestro sistema constitucional realiza una tarea indispensable, pero del todo

insuficiente, y que puede llegar a dañar lo que se desea preservar. Pues lo que se transmite a los ciudadanos es que, más allá de la Carta Magna, marco de convivencia y nunca propiedad de una parte de los españoles, la derecha carece de propuestas de fondo, de horizontes culturales, de militancia en un área concreta del pensamiento democrático europeo.

En su noble y tenaz defensa de un bien común, de un patrimonio jurídico y un Estado nacional, la derecha ha acabado por difuminar sus opciones diferenciadas. Y, sobre esa incomparecencia, sus adversarios han transmitido a los españoles, que la derecha carece de principios presentables, que es solo una coalición de intereses egoístas. Quizás lo que está ocurriendo se deba, en no poca medida, a esa rendición ideológica incondicional en la que no ha dejado de vivir la derecha desde la Transición. Por supuesto, su entrega absoluta no se realiza de forma

abierta, sino del peor modo posible: sin llegar a expresarlo, dejando que otros lo digan sin responder a tal injuria, callando sus ideas, aceptando que mientras la izquierda tiene valores, la derecha solo posee eficacia de gestión. Que, mientras la izquierda atesora convicciones, la derecha solo posee pragmatismo y sentido común. Que, mientras la izquierda conserva principios e ilusiones de justicia, la derecha vive del conformismo, de la satisfecha defensa de todo lo existente.

Aceptemos que a nuestra derecha le falta capacidad de creer en sí misma. No se trata solo de elogiar una tarea de gobierno, de hacer balance de las cuentas saldadas para tratar de salir del amargo atolladero de la recesión. No se trata, desde luego, de blandir el texto constitucional. Ni siquiera de enarbolar difusas referencias al consenso de 1978 o de hacer vagas alusiones a la soberanía del pueblo español o a la necesaria igualdad de los ciudadanos. Todo eso es indispensable, pero anda muy lejos de ser suficiente en el actual campo de conflicto. Porque nos encontramos ante una de esas encrucijadas de la historia que exige la implicación, el compromiso, la virtud cívica. Tenemos ante nosotros la devastadora deslegitimación del pacto nacional más ambicioso refrendado en la España del siglo xx. Tal ofensiva de despropósitos se ha realizado por la incomparecencia de la derecha. No me refiero, claro está, al hecho de gobernar. Hablo de todo aquello en que también consiste una democracia moderna y, desde

El Gran Macho Blanco

Jesús Laínz

(www.jesuslainz.es)

El año pasado se encendió un movimiento estudiantil en la Universidad de Ciudad del Cabo dirigido a conseguir la retirada de la estatua dedicada a Cecil Rhodes, el gran artífice del colonialismo británico en África meridional. La protesta no tardó en contagiarse a otras universidades anglosajonas, como las británicas de Oxford y Edimburgo y la estadounidense de Berkeley.

Pero el asunto tiene bastante más enjundia que la demolición del recuerdo de quien pusiera la primera piedra de los regímenes segregacionistas de Rhodesia y Sudáfrica. Pues, como han



explicado sus promotores, lo de la estatua es sólo una parte del plan destinado a conseguir una menor presencia blanca en el currículo universitario y un aumento de lo que llaman cultura no blanca.

No se trata de ninguna novedad. Ya en los años 60 comenzó en los Estados Unidos la batalla por el expurgo de los contenidos eurocéntricos tanto en la enseñanza primaria como en la universitaria, pues en ámbitos progresistas se consideró que la formación de los jóvenes

norteamericanos estaba demasiado anclada en la tradición europea como para poder encajar en una sociedad crecientemente inclinada hacia el mestizaje y el multiculturalismo. Un ejemplo distinguido lo constituyó el incombustible reverendo Jesse Jackson, varias veces aspirante a candidato demócrata a la Casa Blanca, que en los años 80 participó en protestas en las que se coreaba el lema «Hey, hey, ho, ho, Western Culture's got to go!» (¡Hey, hey, ho, ho, la cultura occidental tiene que desaparecer!).

La técnica consistió en eliminar paulatinamente lo que se denominó Great White Male, el Gran Macho Blanco, esa entidad milenaria que habría impuesto su dominio en la cultura universal a través de múltiples encarnaciones: Homero, Shakespeare o Cervantes en literatura; Platón, Descartes o Nietzsche en filosofía; Bach, Beethoven o Mozart en música; Arquímedes, Newton o Einstein en ciencia; etc. Para rellenar el hueco se introdujeron autores que cumplieran con los requisitos de o no ser varones o no ser blancos, independientemente del peso de su obra. Y, a ser posible, que no estuvieran muertos. Pues de lo contrario se seguiría haciendo llegar el mensaje de que la civilización ha sido construida casi exclusivamente por varones blancos fallecidos hace siglos, lo que, según defendieron los partidarios del sistema de cuotas, no se trataba de un mensaje precisamente progresista y susceptible de ser compartido por los jóvenes de hoy, sobre todo por los no blancos.

Por otro lado, se consideró que el aprendizaje de la historia, la literatura y la filosofía según las viejas categorías y criterios debía ser sustituido por nuevas asignaturas dedicadas al análisis de asuntos de raza, clase, sexo (perdón, género), orientación sexual, minorías, nuevos modelos de familia, etc. Algunos imprudentes osaron apuntar la idea de que lo que se conseguiría mediante este sistema sería empobrecer drásticamente la calidad de la enseñanza y privar a las nuevas generaciones del conocimiento de las bases de la civilización. Evidentemente, no tardaron en dar la batalla por perdida para evitar ser acusados de nefandos delitos de opinión.

Las nuevas tendencias nacidas en la patria de la political correctness no tardaron en cruzar el charco. Así, en el igualmente multicultural Reino Unido comenzaron a desterrar los viejos conocimientos al desván de los trastos inútiles y a abrir las puertas de las aulas a los contenidos que exigen los nuevos tiempos. Y, sobre todo en las ciudades con amplio porcentaje de población afroasiática, empezaron a surgir problemas con unos estudiantes que se declaraban ajenos a lo que les enseñaban esos estirados profesores anclados en rancias ideas eurocéntricas. Incluso se propuso abrir escuelas para negros en las que los niños de ese color pudiesen aprender lo que se estimó que deben aprender para sentirse integrados en la sociedad: la historia negra, la literatura negra, la música negra, la ciencia negra, etc. Y lo mismo se propuso, evidentemente, para unos musulmanes que, por otra parte, sostienen una incesante guerra contra contenidos educativos que perciben ofensivos para su fe, entre ellos el cuento de los tres cerditos.

Lo sorprendente de esta sustitución del conocimiento por el enfoque ideológico es que se hace en defensa del antirracismo, de la igualdad de la mujer y de la modernidad. Pero el relato



histórico o el canon literario universal son independientes de sexos, razas y épocas. *La Ilíada*, las *Mil y una noches* y el *Bhagavad-gita* son y seguirán siendo monumentos imperecederos de la literatura con independencia de que sus autores fueran blancos, marrones, amarillos o verdes. Son precisamente los profesionales del igualitarismo los que, muy racistamente, le ponen etiquetas raciales al conocimiento; y, muy discriminatoriamente, incluyen a mujeres por el hecho de serlo, no por la calidad de su obra, lo que es lo mismo que sostener que las mujeres son incapaces de crear obras de valor y por eso han de ser metidas con calzador; y, con tremenda miopía, destierran a Montaigne o Dante por antiguos mientras incluyen a cualquier juntaletras

contemporáneo por el solo hecho de estar vivo.

Si, como suele decirse, lo que distingue a cualquier comunidad humana de las demás es el relato histórico que la describe y explica, parece claro que el objetivo perseguido con estas y parecidas iniciativas es desconectar a los occidentales de hoy respecto de las generaciones que les

precedieron. Como si el presente fuese el producto solamente de los vivos y no de la decantación de milenios de historia, arte, cultura y pensamiento.

Otto von Bismarck, probablemente el político más inteligente del siglo XIX, señaló con magistral brevedad: «La clave del siglo XX será el hecho de que los estadounidenses hablan inglés». Efectivamente, el tronco étnico, cultural y lingüístico compartido por los anglosajones de ambas orillas del Atlántico fue lo que acabó decidiendo la participación de unos estadounidenses inicialmente remisos en las dos guerras mundiales que configuraron el mundo de nuestros días. A tan comprensible fenómeno se lo bautizó durante la Segunda Guerra Mundial como *Special Relationship*, si bien medio siglo antes ya había sido anunciado con el *Great Rapprochement*.

Si el Canciller de Hierro nos permite el plagio, probablemente la clave del siglo XXI será si americanos y europeos seguirán encajando en eso que tradicionalmente se ha denominado civilización occidental, con todas sus luces y sus sombras.

De momento parece que no, pues tanto los unos como los otros están demostrando una admirable tenacidad en negarlo, en avergonzarse de ello y en desactivarlo. Nos esperan grandes acontecimientos.

El demócrata implacable

J.R.V

(esDiario)

Al regreso del largo puente de la Constitución, José Manuel López será cesado como portavoz de Podemos en la Asamblea de Madrid. El líder del partido, Pablo Iglesias, desata la primera batalla de una larga guerra contra su número dos, Iñigo Errejón, que culminará en febrero en el conocido como Vistalegre 2.

Sin piedad, tras la derrota de la errejonista Rita Maestre a manos del hombre de Iglesias en Madrid, Ramón Espinar, los oficialistas quieren asestar el golpe más duro posible a Errejón, el cese de su portavoz en la Asamblea.

El golpe contra José Manuel López –que mantiene con Espinar un agrio enfrentamiento desde que se descubrieran los negocios inmobiliarios de este último– tan sólo dependía de una reforma del reglamento del grupo parlamentario de Podemos, una modificación que Espinar tiene ya ultimada.

De esta forma, la salida del actual portavoz se podría materializar en los próximos días, previsiblemente tras una reunión del grupo morado en el primer pleno de la Asamblea.

La caída del errejonista López no es una defenestración cualquiera. Independiente, vinculado a los movimientos sociales y delegado de Cáritas, el actual portavoz goza de la simpatía y el respeto no sólo de los suyos, también del PP, PSOE y Ciudadanos.

Precisamente su actitud respetuosa –muy alejada del circo al que Podemos parece haberse abonado en el Congreso– le ha generado gruesas críticas del sector pablista. Dos de sus miembros, las parlamentarias Isabel Serra y Lorena Ruiz-Huertas suenan como posibles sustitutas.

La destitución de José Manuel López se enmarca –como ha publicado *ESdiario*– en la estrategia decidida por el propio Pablo Iglesias para laminar al sector crítico que lidera Iñigo Errejón, que ha cosechado en los últimos meses varias derrotas consecutivas.



La derecha española en el siglo xx

Octavio Ruiz Manjón
(El Manifiesto)

Parece que la costumbre de distinguir entre una derecha y una izquierda políticas tuvo su origen en la posición que ocuparon los partidarios de Luis XVI en los primeros días de aquellos Estados Generales en los que se gestó la Revolución francesa. Al tomar sitio a la derecha del monarca trataban de manifestarle su apoyo, a la vez que se declaraban «fieles» a él en términos análogos a como, en el Evangelio de san Mateo (25, 34), se dirigía el rey a los que estaban a su derecha.

En la izquierda, por el contrario, se situó el estado llano y, en general, cuantos se oponían al ejercicio abusivo del poder real. La distinción ha prosperado en los dos siglos siguientes, a la hora de organizar las asambleas políticas e, incluso, en la misma arquitectura parlamentaria.

La evolución política de estos dos siglos largos, sin embargo, ha ido haciendo desaparecer el carácter de privilegiados del poder que pudieron tener, al principio, los que se sentaban a la derecha del monarca, a la vez que se ha generalizado la costumbre de identificarlos con valores e ideas contrarias a la vida democrática. Éste suele ser el primer paso de una descalificación de la derecha para la vida política y se ha traducido, de hecho, en que muchas personas rehúyan ser clasificadas en el lado derecho del espectro político, mientras tratan de situarse en un centro que, la mayoría de las veces, resulta difícil de caracterizar.

Es una situación común a muchas sociedades actuales, entre ellas la española, y presta un especial interés a este ensayo de historia de las ideas políticas que ofrece el profesor Pedro Carlos González Cuevas, en el que recorre el pensamiento y las actitudes de la derecha española desde la gran conmoción que, en el marco de la crisis finisecular del positivismo, supuso el Desastre español de 1898, hasta la experiencia del primer gobierno de José María Aznar, en una España que trataba de consolidar el proceso de la Transición política.

González Cuevas es, tal vez, uno de los primeros especialistas en el pensamiento conservador español como ya habían demostrado sus estudios sobre Ramiro de Maeztu (*Maeztu: biografía de un nacionalista español*, Marcial Pons, 2003) o sobre Acción Española (*Acción española: teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1916)*, Tecnos, 1998). Hace unos años ya había adelantado una visión histórica de las derechas que se remontaba hasta los tiempos de la Ilustración.

El primer logro del libro de González Cuevas es, quizás, el de ampliar el concepto de «derecha» para hablar de diversas «derechas», en una línea similar a como René Remond puso en circulación el concepto de familias políticas al hablar de las diversas derechas que han coincidido en la vida política francesa de los últimos siglos. Se trata de una distinción que no puede plantear excesivos recelos teóricos y que, además, resulta muy útil cuando se trata de interpretar momentos especialmente delicados, como es el caso del muy debatido actualmente «bienio negro» de la segunda República, en donde cada día resultan menos creíbles las etiquetas fascistas que algunos distribuyeron tan alegremente.

También es muy sugerente la ampliación del espectro de la derecha que, si no se pone en relación necesaria con los valores religiosos y tradicionales, permite algunas incorporaciones que no dejarán de parecer provocativas a muchos. Es el caso de los nacionalismos, sobre los que



el autor rechaza de una manera un tanto agria que pudieran tener alguna faceta modernizadora, o la decidida incorporación al canon de la derecha de personajes tan influyentes como Salvador de Madariaga y José Ortega y Gasset que, según el autor, procedían de los ámbitos del liberalismo conservador, desde el que mantuvieron un permanente y atractivo diálogo con las corrientes filosóficas y políticas de su tiempo. Sus críticas se hicieron especialmente agudas durante el periodo de la segunda República.

El libro, que recorre 117 años de la vida española, es también un muy bien articulado catálogo de cómo las diversas tradiciones de la derecha –el autor opta por los instrumentos conceptuales que le brindan T. Sowell y A. MacIntyre– han ido formulándose en situaciones políticas tan diversas como las que se atraviesan durante esos años. Un esfuerzo en el que el autor demuestra una excelente capacidad de lectura que, en algunas ocasiones, adquiriría una mayor fuerza de convicción si se hubiese respetado la costumbre de dejar clara la fecha de las ediciones originales. Es un dato muy relevante cuando se trata de dar cuenta de la evolución intelectual de personas de muy prolongada trayectoria intelectual que, no pocas veces, buscaron incidir en la opinión a través de artículos periodísticos que, a veces, tardarían muchos años en trasladar a los libros, no sin retocarlos, en muchísimas ocasiones, para adaptarlos a nuevas necesidades.

El estudio de González Cuevas se organiza sobre cinco grandes apartados de los que los dos primeros corresponden al reinado de Alfonso XIII, antes y después del impacto de la guerra europea de 1914-1918. Parte del momento del apogeo del conservadurismo liberal que representa la España de la Restauración canovista, que sitúa al monarca en el centro del sistema. Frente a ella las demandas de regeneración, anteriores al desastre, que pretendían fórmulas autoritarias como las de Costa, relacionadas con la crítica krausista, que no tuvieron éxito político aunque, como señala el autor, cumpliera plenamente «sus objetivos deslegitimadores». Junto a la crítica costiana, la que provenía de un tradicionalismo renovado doctrinalmente, de un nacionalismo catalán con un fuerte componente antiparlamentario, de la crítica anarquizante de los hombres del 98, o la que surgió desde dentro del sistema con el fenómeno maurista.



El impacto de la guerra europea haría más urgente las demandas de cambio, que alcanzaron su momento culminante en el verano de 1917. Fue a partir de entonces cuando parecieron aflorar nuevas corrientes (catolicismo político, tradicionalismo, maurismo) que estuvieron acompañadas de significativos pronunciamientos de intelectuales como Azorín, Maeztu y Ortega y Gasset. Todo ello parecía presagiar cambios que fueron yugulados por la dictadura de Primo de Rivera que significó el gran momento del

conservadurismo autoritario.

El capítulo dedicado a la II República y a la guerra civil tiene, entre otras, la virtud de ofrecer una visión muy matizada de temas de muy candente actualidad como la naturaleza de la política azañista y el verdadero alcance de la amenaza fascista en aquellos años. En cuanto al régimen que surge de la guerra civil, el autor subraya con acierto el papel estelar que habría de desempeñar Franco al aglutinar las diversas tradiciones de derechas que encontraron su acomodo en él.

El libro se cierra con unas consideraciones sobre la España de la transición política, que se caracteriza, de acuerdo con García Pelayo, como el Estado de los partidos. En el debate constitucional, las derechas españolas tuvieron un especial protagonismo en la crítica del título

referente a las autonomías que, aún hoy, abre inquietantes incógnitas sobre el futuro de la organización territorial del Estado español.

Las indicaciones bibliográficas del final son muy útiles para un mejor conocimiento de las diversas derechas que nos describe en el texto. Pedro Carlos González Cuevas, en definitiva, ha levantado un mapa rico y documentado de unas tradiciones políticas mucho más variadas de lo que a veces se ha querido creer y, con su caracterización, ha llevado a cabo una estupenda tarea para ayudar a la comprensión de la vida política española de los últimos cien años.

La clave de la educación no está en política ni leyes sino tomar las cosas serias en serio

Ignacio Camacho

(ABC)

La verdadera potencia económica de un país está en su sistema educativo. Esto lo suele repetir Luis Garicano, el gurú de C's, un partido que tal vez se arrepienta de no haber pedido la cartera de Educación cuando tenía a su alcance la entrada en el Gobierno y podía elegir entre la implicación o la irrelevancia.

En cualquier caso el diagnóstico es acertado y hasta se queda corto: la instrucción pública no sólo constituye la clave del bienestar de una nación sino de su cohesión, su estabilidad y su fortaleza moral. De su felicidad, en última instancia. El conocimiento es el nuevo nombre del desarrollo.

La última entrega del informe PISA ha dejado en España la fotografía de una brecha de desigualdades territoriales que cuestionan la eficacia de la descentralización de competencias educativas.

Pero estas velocidades escolares no coinciden con el mapa habitual de las asimetrías autonómicas... salvo en que Andalucía también está a la cola del ranking, una triste constatación convertida en invariable rutina estadística.

Los expertos escrutan el significado de las diferencias, buscan parámetros de gasto por habitante, de ratios de alumnos, de inversión por PIB, de renta per cápita... y no hallan elementos suficientes para levantar una explicación sociológica o política a la evidencia de que Castilla y León sea una región capaz de compararse en resultados con Finlandia.



No cuadra. Como tampoco el avance meteórico de una Portugal atribulada por dificultades socioeconómicas. No funcionan las teorías simples emanadas de la ideología, ni los apriorismos metodológicos.

Los portugueses, por ejemplo, han renunciado a exámenes y reválidas que la propia directora de la OCDE –autora intelectual de nuestra Lomce– ha señalado como panacea del fracaso en un alarde ventajista.

El sistema pedagógico lo define la política pero supone mucho más que un enfoque político.

Tampoco responde a una ecuación presupuestaria. Su éxito depende de la conexión con el modelo de sociedad y con el pensamiento estratégico.

No existen respuestas unívocas. Los líderes asiáticos parecen haber encontrado un camino en la definición de las habilidades que hay que enseñar y han convertido esa prioridad en algo más que un objetivo pedagógico: en un proyecto.

Un proyecto cultural en su sentido más genérico; una apuesta de aprendizaje sobre las condiciones del mundo moderno. Un proyecto de evolución y de progreso.

Quizá la respuesta se encuentre en intangibles difíciles de encuadrar en el habitual debate de prejuicios. La articulación familiar, los entornos, los hábitos sociales. La atención al profesorado, el aprecio de su responsabilidad y de su esfuerzo. El compromiso profesional, vocacional, específico.

Los factores humanos que tienen que ver con el esmero, la aplicación, la motivación, la voluntad de perfeccionamiento. El valor de la buena gestión y de tomarse las cosas serias en serio.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

[ES23.0019.0050.0140.1010.8382](https://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio)

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.